

Santiago de Chile, 6 de Abril del 2020

**Mensaje del Obispo General Castrense
+ Santiago Silva Retamales
con motivo de la Semana Santa 2020**

A las Fuerzas Armadas, a los Carabineros de Chile y a sus familias

Los tiempos son difíciles. Pero hay que enfrentarlos. Y en Semana Santa celebramos el Misterio de la Pasión, Muerte y Resurrección de un Hombre–Dios, Jesucristo, que enfrentó tiempos difíciles por obediencia a su Padre Dios.

El estallido social en Chile no había cesado cuando comenzamos a vivir la pandemia del COVID-19 o «Corona–virus» y ésta, no sabemos cuándo acabará.

La vida con esa normalidad cotidiana a la que estábamos acostumbrados se derrumbó de la noche a la mañana. El transitar por las calles para instalarnos en nuestras unidades militares y policiales, para ir de compras, o entretenernos o visitar familiares y amigos... se acabó por ahora, y nos corresponde –por el bien nuestro y de los demás– permanecer en nuestras casas sin salir de ellas.

Los reducidos espacios que nos ofrecen las casas, sobre todo para familias numerosas, y la vida diaria de hogar sometida al estrés de la presencia permanente de sus moradores, puede que altere nuestro carácter y nos ponga de malhumor, tensos, con respuestas poco controladas...

Por otro lado, la extensión mundial del «Corona–virus» y su gravedad, que hemos venido conociendo poco a poco, nos desvela la tremenda fragilidad humana y la inconsistencia de una sociedad que se creía bien cimentada, sobre todo en lo económico. En definitiva, el mundo hecho a nuestra medida está en gran medida desmoronándose.

Entonces, muchas son las preguntas que surgen y que el confinamiento y la situación actual ayudan a suscitar. Dos preguntas, hechas de modo explícito o implícito, tienen que ver con el sentido de la vida y el sentido de Dios. En medio de hastíos y vacíos personales y conscientes de la tremenda fragilidad humana en las actuales circunstancias: ¿para qué estoy?, ¿cuánto vale mi existencia y la de los demás?; en definitiva, ¿para que vivo? En medio de tantas muertes en todo el mundo por el «Corona–virus», la angustia que provoca la pandemia y la incertidumbre respecto al futuro de la sociedad: ¿dónde está Dios?, ¿no es acaso un Dios bueno?, ¿por qué entonces tenemos que sufrir tanto?; en definitiva, ¿quién es Dios y qué hace? Y para ambas preguntas se nos viene a la mente la figura del justo Job del Antiguo Testamento que enfrenta a los enviados de Dios y a Dios mismo, buscando las respuestas que necesita.

Nuestras preguntas y las de Job, formuladas de diversas maneras, se hizo muchas veces el pueblo de Israel a lo largo de su historia, sobre todo cuando se veía sometido por ejércitos enemigos, por la hambruna y las pestes. Estas preguntas y respuestas las conocemos por la Sagrada Escritura, y se formulaban sobre todo gracias a las reflexiones de los sabios y a las oraciones fervientes del pueblo.

Frente a una de las varias peste que acecharon a Israel, el pueblo se dirigió a Dios orando, para manifestarle su confianza y pedir la salvación:

«Tú que vives al amparo del Altísimo, / y habitas a la sombra del Poderoso, / di al Señor: “Refugio mío y fortaleza mía, / Dios mío, en ti confío”. / Él te libraré de la red del cazador, / y de la peste mortal; Él te cubrirá con sus plumas, / y hallarás refugio bajo sus alas, / su fidelidad será escudo y coraza. / No temerás los peligros de la noche, / ni la flecha que vuela de día, / ni la peste que avanza en la oscuridad, / ni la plaga que arrasa al mediodía. / Caerán a tu lado mil y diez mil a tu derecha, / pero a ti ningún mal te alcanzará» (Sal 91,1-7).

Esta oración de confianza y entrega a Dios se parece mucho a la de Jesús de Nazaret poco antes de morir. Allí, acechado por la muerte que veía venir, Él se dirigió varias veces a su Padre para decirle que confiaba absolutamente en Él, que en Él ponía su destino, porque Él es Padre que ama indeciblemente a su Hijo único. Así, de modo similar a Israel, Jesucristo puso su existencia y su misión en las manos de Dios, su Padre, y en la oración experimentó vitalmente que Él es «refugio mío y fortaleza mía, el Dios mío en quien confío».

La Semana Santa vivida en tiempo de pandemia es momento para «con–fiar» en Jesús y entregarse a Él, es decir, para fiarse de Él, para encargar la vida, la familia, nuestras instituciones y la Patria a un Hombre–Dios, Jesús, que murió por nosotros y resucitó para darnos vida.

Sólo desde esta experiencia de cercanía efectiva y afectiva con Jesucristo, propia de una fe sincera, se pueden responder aquellas preguntas vitales de nuestro caminar humano acerca del sentido de la vida y del sentido de Dios. La respuesta personal es imprescindible, porque –al final– toda la existencia y la misma muerte dependerán de ella.

Les invito a que desde nuestra condición de personas y de cristianos vivamos esta Semana Santa en familia, acompañando a Jesús que, mediante su Pasión, Muerte y Resurrección, fundamentó nuestra confianza en Él, pues nos mostró que ya venció el pecado, acabó con «la peste que avanza en la oscuridad» y derrotó todo mal.

Que el Señor resucitado nos guarde y bendiga a todos y que la Virgen del Carmen, Patrona y Reina de Chile, nos cubra con su manto protector.